

CAPÍTULO CUATRO

0530 Horas, Septiembre 24, 2517 (Calendario Militar)/Sistema Epilson Eridani, Complejo Militar Reach /Planeta Reach

“¡Levántese, recluta!”

John rodó sobre su cama y se volvió a dormir. Apenas estaba consciente de que no estaba en su habitación y de que allí había otras personas.

Una descarga eléctrica lo sacudió—desde sus pies descalzos hasta la base de su columna. Grito de sorpresa y se cayó de su cama. Se sacudió la desorientación de estar casi dormido y se levanto.

“¡Dije arriba, recluta!, ¿Sabes dónde es arriba?”

Un hombre en uniforme de camuflaje estaba parado delante de John. Su cabello era muy corto y tenía gris en la sien. Sus ojos oscuros no parecían humanos—demasiado grandes y negros y no parpadeaban. Sostenía un bastón plateado en una mano; la apuntó hacia John y salieron chispas.

John se echó hacia atrás. No le tenía miedo a nada. Sólo los niños pequeños tenían miedo... pero instintivamente su cuerpo se movió lo más lejos que podía del instrumento.

Docenas de otros hombres levantaron al resto de los niños. Setenta y cuatro niños y niñas gritaron y saltaron de sus camas.

“Soy el Primer Maestre Méndez,” Gritó el hombre con el uniforme junto a John. “El resto de estos hombres son sus instructores. Harán exactamente lo que les digamos en todo momento.”

Méndez apuntó hasta el lado más alejado de los barracones. “Las duchas están en popa. Se lavarán y regresarán aquí a vestirse.” Abrió un baúl al pie de la cama de John y sacó un juego de sudaderas grises idénticas.

John se inclinó y vio su nombre grabado en el frente: John 117.

“¡Sin aflojar el paso, a toda marcha!” Méndez dio un golpecito entre los hombros de John con el bastón.

Una sobrecarga atravesó el pecho de John. Se dejó caer en el cama y luchó por respirar.

“¡Lo digo en serio! ¡Vamos! ¡VAMOS!”

John se movió. No podía inhalar—pero corrió de todas formas, tocándose del pecho. Logró respirar con dificultad para cuando llegó a las duchas. Los otros niños parecían asustados y desorientados. Todos se despojaron de su camisa de dormir y dieron un

paso hacia la cinta transportadora, se lavaron con agua tibia y jabonosa, y se enjuagaron con un rocío de agua fría.

Corrió de regreso a su litera, se puso su ropa interior, calcetines gruesos, y sacó la sudadera y un par de botas de combate que se ajustaron a sus pies perfectamente.

“Fuera, reclutas,” Anunció Méndez. “A triple velocidad... ¡Marchen!”

John y los otros salieron de las barracas hacia una franja de hierba.

El sol no había salido todavía, y el borde del cielo era color índigo. La hierba estaba húmeda con rocío. Había docenas de barracones, pero no había nadie más afuera. Un par de naves de combate hicieron un estruendo sobre sus cabezas y giraron hacia el cielo. A lo lejos John escucho una crepitación metálica.

El Primer Maestre Méndez gritó, “Harán cinco filas del mismo tamaño. Quince reclutas en cada una.” Esperó unos segundos mientras se hacía un bullicio. “Enderecen esas hileras. ¿Sabes cómo contar hasta quince, recluta? retrocede tres pasos.”

John se colocó en la segunda fila.

Mientras respiraba el aire frío, empezó a despertarse. Empezó a recordar. Le habían secuestrado en mitad de la noche. Le inyectaron con algo y durmió un largo tiempo. Luego la mujer que le había dado la moneda le dijo que no podía regresar. Que no podría ver a su madre ni a su padre—

“¡A saltar!” Gritó Méndez. “Contando hasta cien. Listos, ahora.” El oficial inició el ejercicio y John lo imitó.

Un niño se negó—por una fracción de segundo. Un instructor llegó a él enseguida. El bastón golpeó en el estómago del chico. Él se dobló del dolor. “Sigue con el programa, recluta,” gruñó el entrenador. El chico se enderezó y empezó a saltar.

John nunca había hecho tantos saltos en su vida. Sus brazos, estómago y piernas le ardían. El sudor le escurría por la espalda.

“Noventa y ocho, noventa y nueve, cien.” Méndez hizo una pausa. Hizo un respiro profundo. “¡Sentadillas!”, se dejó caer a la hierba. “Contando hasta cien. Sin aflojar.”

“El primero del grupo en detenerse,” Dijo Méndez, “tiene que correr dos vueltas alrededor del complejo—y luego vendrá aquí y hará doscientas sentadillas. Listos... ¡Cuenten! Uno... dos... tres...”

Siguieron ejercicios en cuclillas. Luego flexiones de rodillas.

John vomitó, pero eso no le dio ningún respiro. Un entrenador llegó a él pocos segundos después. Volvió a su lugar y continuó.

“Elevaciones de piernas.” Continuo Méndez como si fuera una máquina. Como si todos ellos fueran máquinas.

John no podía seguir—pero sabía que vendría el bastón nuevamente si se detenía. Siguió intentándolo; tenía que moverse. Sus piernas temblaban y sólo respondían lentamente.

“Descansen,” Dijo finalmente Méndez. “Entrenadores: vayan a por el agua.”

Los entrenadores sacaron carritos cargados de botellas de agua. John tomo una y se bebió el líquido. Estaba un poco caliente y ligeramente salada. No le importó. Era la mejor agua que jamás había probado.

Se dejo caer en la hierba, jadeante.

El sol había salido. Era cálido. Se sentó sobre sus rodillas y dejó que el sudor le escurriera como si fuera una fuerte lluvia.

Se levantó lentamente y miró a los otros niños. Estaban agachados en el suelo, agarrándose de los costados y ninguno hablaba. Su ropa estaba empapada de la transpiración. John no reconoció a nadie de su escuela.

Así que estaba solo con extraños. Se pregunto dónde estaría su mama y que—

“Un buen inicio, reclutas,” les dijo Méndez. “Ahora correremos. ¡Pónganse en pie!”

Los entrenadores blandieron sus bastones y arrearon a los reclutas por el camino. Trotaron por un camino de grava a través del complejo, pasando más barracones. La carrera parecía seguir para siempre—corrieron a lo largo del río, sobre un puente, después al final de una pista donde los aviones de combate se elevaban directos hacia el aire. Una vez que pasaron la pista, Méndez los llevó por un camino zigzagueante de piedras.

John quería pensar en lo que había pasado, como había llegado aquí, y que era lo que le pasaría después... pero no podía pensar bien. Todo lo que podía sentir era la sangre palpitando a través de él, el dolor de sus músculos y el hambre.

Corrieron hasta un patio lleno de baldosas lisas, un poste en el centro hacía ondear los colores de la UNSC, un fondo azul con estrellas y la tierra en una esquina. En el lado opuesto del patio había un edificio con un domo decorado, columnas blancas y una docena de amplios escalones que llevaban a la entrada. Las palabras ACADEMIA DE OFICIALES DE LA MARINA estaban grabadas en el arco sobre la entrada.

Una mujer estaba parada en el escalón más alto y les hizo señas. Usaba una sábana blanca envolviéndola alrededor de su cuerpo. Parecía vieja para John, pero al mismo tiempo joven. Entonces vio los puntos de luz que orbitaban su cabeza y supo que era una IA. La había visto en videos. No era sólida, pero aun así, era real.

“Excelente trabajo, Primer Maestre Méndez,” dijo en una voz resonante y suave como la seda. Luego se dio la vuelta hacia los niños. “Bienvenidos. Mi nombre es Déjà y seré su maestra. Pasen. La clase está a punto de empezar.”

John gruñó en voz alta. Varios de los demás también lo hicieron.

Ella se dio la vuelta y empezó a caminar hacia adentro. “Claro,” dijo ella, “si prefieren saltar su lección, pueden continuar con la gimnasia matutina.”

John subió los escalones más rápidamente.

Hacía fresco adentro. Una bandeja con galletas y un cartón de leche habían sido colocados para cada uno de ellos. John se comió la comida rancia y seca, y luego se bebió toda la leche.

John estaba tan cansado que quería apoyar su cabeza en el escritorio y tomar una siesta—hasta que Déjà empezó a contarles sobre una batalla en la que trescientos soldados se enfrentaron contra miles de la infantería Persa.

Un paisaje holográfico apareció en el aula. Los niños caminaban alrededor de las montañas y colinas en miniatura y dejaron que la ilusión de la orilla del mar tocara sus botas. Soldados del tamaño de juguetes marcharon hacia lo que Déjà les explicaba eran las Termópilas, una franja de tierra entre las montañas y el mar. Miles de soldados marcharon hacia los trescientos que vigilaban el paso. Los soldados pelearon: lanzas y escudos se astillaban, espadas destellaban y salpicaban sangre.

John no podía quitar los ojos del espectáculo.

Déjà les explico que los trescientos eran Espartanos y que ellos eran los mejores soldados que alguna vez habían vivido. Los habían entrenado para pelear desde que eran niños. Nadie podía vencerlos.

John miró, fascinado, mientras los Espartanos holográficos masacraban a los lanceros Persas.

Se había comido sus galletas pero todavía tenía hambre, así que tomó las de la chica de al lado mientras ella no miraba y se las comió mientras la batalla continuaba ferozmente. Su estomago todavía rugía y se quejaba.

¿Cuándo era el almuerzo? ¿O ya era hora de cenar?

Los persas se dispersaron y los Espartanos se quedaron victoriosos en el campo.

Los niños vitorearon. Querían verlo nuevamente.

“Eso es todo por hoy,” les dijo Déjà. “Continuaremos mañana y les mostrare algunos lobos. Ahora es tiempo para que vayan al campo de juegos.”

“¿De juegos?” dijo John. Era perfecto. Finalmente podría sentarse en un columpio, relajarse y pensar por un momento.

Salió corriendo del aula, al igual que sus compañeros.

“Hora de los juegos,” Dijo Méndez e hizo señas a los niños para que se acercaran. “Es una carrera corta. Fórmense.”

La “Carrera corta” se convirtió en dos millas. Y el campo de juegos no era nada como lo que John había visto nunca. Era un bosque de postes de madera de veinte metros de alto. Redes de sogas y puentes se extendían entre los postes; se tambaleaban, cruzaban y enredaban entre ellas, como un laberinto en el aire. Había postes para deslizarse, y sogas con nudos para escalar. Había columpios, y plataformas colgantes. Había sogas que pasaban por una polea y estaban amarradas en canastas que parecían lo suficientemente resistentes para levantar a una persona.

“Reclutas,” dijo Méndez, “formen tres líneas.”

Los instructores se acercaron para ordenarlos, pero John y los otros formaron las tres líneas sin barullo ni comentarios.

“La primer persona de cada fila será el equipo número uno,” dijo Méndez. “La segunda persona de cada fila será el equipo numero dos... y así consecutivamente. Si no lo entienden, hablen ahora.”

Nadie dijo nada.

John miro a su derecha. Un niño con cabello rubio oscuro, ojos verdes y piel morena oscura le hizo una sonrisa cansada. Grabado en su sudadera se leía SAMUEL-034. Y en la siguiente fila a la de Samuel estaba una niña. Era más alta que John, flaquita con una cola de cabello largo teñido de azul. Kelly-087. No parecía feliz de verle.

“El juego de hoy,” explico Méndez, “se llama ‘Toca la Campana.’” Señaló al poste más alto en el campo, se elevaba unos diez metros más que los demás y tenía un poste de acero para deslizarse justo al lado. Colgado de la cima había una campana de metal.

“Hay muchas maneras de llegar a la campana,” les dijo. “Dejaré que cada equipo encuentre su camino. Cuando todos los miembros de su equipo hayan tocado la campana, deben llegar al suelo rápidamente y correr hasta esta línea de meta.”

Méndez tomo su bastón y dibujo una línea recta en la arena.

John levantó la mano.

Méndez lo miró por un momento con esos ojos negros sin parpadear, “¿Alguna pregunta, Recluta?”

“¿Qué es lo que ganamos?”

Méndez levanto una ceja y examino a John. “Se ganan la cena, Numero 117. La cena de hoy es pavo rostizado, salsa y puré de patatas, mazorca de maíz, bizcochos y helado.”

Un murmullo de aprobación se oyó de los niños.

“Pero,” añadió Méndez, “para que haya ganadores debe haber un perdedor. El último equipo en llegar se va sin comida.”

“Los niños hicieron silencio—y entonces se miraron cautelosamente entre ellos.

“Alístense,” dijo Méndez.

“Soy Sam,” el chico de al lado le susurro a John y a la chica en su equipo.

Ella dijo, “Yo soy Kelly.”

John sólo los miró y no dijo nada. La niña podría retrasarlo. Muy mal. Estaba hambriento y no iba a dejar que lo hicieran perder.

“¡Vamos!” Gritó Méndez.

John corrió entre el grupo de niños y trepó por una red hasta una plataforma. Corrió a través de un puente—salto a la siguiente plataforma, justo a tiempo, el puente giró y tiró a otros cinco chicos al agua que estaba debajo.

Hizo una pausa en la sog a atada a la canasta. La sog a subía hasta la polea y regresaba al suelo. No creía que fuera lo suficientemente fuerte para impulsarse por él mismo. En lugar de eso, tomó una sog a con nudos y flexionó su cuerpo para subir.

La sog a se columpiaba salvajemente cerca del centro del poste. Miró hacia abajo y casi se soltó. Parecía el doble de alto viendo desde arriba a como se veía desde el suelo. Vio a los demás, Algunos escalando, otros andando con dificultad en el agua, subiendo y empezando nuevamente. Nadie estaba tan cerca de la campana como él lo estaba.

“Se tragó su miedo y siguió ascendiendo. Pensó en el helado y los bizcochos de chocolate y en cómo iba a ganar.

John llegó a la cima, agarró la campana y la hizo sonar tres veces. Entonces se agarró firmemente del poste acero y se deslizó todo el camino hasta el suelo, cayendo en una pila de cojines.

Se levantó y corrió sonriendo todo el camino hacia el Primer Maestre. John cruzó la línea de meta y dio un grito de victoria. “Soy el primero,” dijo, jadeante.

Méndez asintió e hizo una marca en su portapapeles.

John observó mientras los otros lo hacían, tocaban la campana y luego corrían a la línea de llegada. Kelly y Sam tenían problemas. Se quedaron atorados en una fila para llegar a la campana, porque todos se amontonaron al final

Finalmente tocaron la campana, bajaron juntos... pero cruzaron la meta últimos.

Miraron a John.

Él encogió los hombros.

“Buen trabajo, Reclutas,” dijo Méndez y sonrió ampliamente a todos. “Vayan de regreso a los barracones y coman.”

Los niños cubiertos de barro y apoyándose entre ellos festejaron.

“—todos excepto el equipo tres,” dijo Méndez y miro a Sam, Kelly y luego a John.

“Pero, yo gane,” protesto John. “Llegué primero.”

“Sí, llegaste primero,” explicó Méndez, “Pero tu equipo llego el último.” Y se dirigió a todos los niños. “Recuerden esto: Ustedes no ganan al menos que su equipo gane. Una persona que gana a costa del grupo significa que ustedes pierden.”

John corrió aturdido todo el camino de regreso a las barracas. No era justo. Él había ganado. ¿Cómo era posible ganar y aun así perder?

Observó mientras los demás se llenaban con pavo, carne blanca mojada con salsa. Se acabaron montañas de helado de vainilla y dejaron el comedor con chocolate incrustado en las esquinas de sus bocas.

John tomó un litro de agua. Lo bebió pero no tenía ningún sabor. No hizo nada para calmar su hambre.

Quería llorar, pero estaba muy cansado. Se desplomó en su litera, pensando en la manera de igualar las cosas con Sam y Kelly por arruinar su victoria—pero no podía pensar. Cada músculo y hueso le dolían.

John cayó dormido tan pronto como su cabeza tocó la almohada.

El siguiente día fue lo mismo—Gimnasia y correr toda la mañana, luego la clase hasta la tarde.

Hoy Déjà les enseñó sobre los lobos. El aula se volvió una pradera holográfica y los niños vieron siete lobos cazar un alce. El grupo trabajaba unido, golpeando en cualquier lugar en que la enorme bestia no los encaraba. Era fascinante y horroroso mirar a los lobos rastrear, y luego devorar un animal de muchas más veces su tamaño.

John evitó a Sam y a Kelly en el aula. Se robó unas galletas extra cuando nadie le veía, pero no calmaron su hambre.

Después de la clase, corrieron de vuelta al campo de juegos. Hoy era diferente. Había menos puentes y un sistema más complicado de sogas y poleas. El poste con la campana ahora era veinte metros más alto que cualquiera de los demás.

“Los mismos equipos de ayer,” anunció Méndez.

Sam y Kelly caminaron hacia John. Sam lo empujó.

El carácter de John se calentó—quería golpear a Sam en la cara, pero estaba muy cansado. Necesitaría toda su fuerza para llegar a la campana.

“será mejor que nos ayudes,” silbó Sam, “o te empujaré desde una de esas plataformas.”

“Y yo saltaré encima de ti,” añadió Kelly”

“Está bien,” susurro John, Sólo traten de no atrasarme.”

John examinó el recorrido. Era como resolver un laberinto en papel, sólo que éste se retorció y giraba dentro y fuera de la pagina, muchos puentes y sogas no llegaban a ningún lado. Echó un vistazo y encontró un camino posible.

Tocó con el codo a Sam y a Kelly y luego señaló “Mirad,” dijo, “la canasta y la soga a lo lejos. Llegan directos a la cima. Pero hay que tirar mucho.” Flexionó sus bíceps, sin la seguridad de que pudiera lograrlo con lo debilitado que estaba.

“Podemos hacerlo,” dijo Sam.

John miró a los otros equipos, también estaban buscando un camino. “Tenemos que correr rápido para alcanzarla,” dijo “para asegurarnos de ser los primeros en llegar.”

“Yo soy rápida,” dijo Kelly. “rápida de verdad.”

“Reclutas, en fila,” Gritó Méndez.

“Está bien,” dijo John. “Adelántate y la separas para nosotros.”

“¡Vamos!”

Kelly salió disparada hacia delante. John nunca había visto a nadie moverse como ella. Corría como los lobos que había visto hoy; sus pies apenas parecían tocar el suelo.

Llegó a la canasta. John y Sam apenas estaban a medio camino.

Un niño lleo antes que ellos. “Quítate,” le ordeno a Kelly. “Voy a subir.”

Sam y John corrieron y lo empujaron. “Espera tu turno,” dijo Sam.

John y Sam se unieron a Kelly en la canasta. Juntos tiraban de la cuerda y se elevaban. Era una cuerda larga—por cada tres metros que tiraban, sólo se elevaban un metro. Una brisa hizo que la canasta se columpiara y golpeará el poste.

“Más rápido,” apresuro John.

Tiraban como una sola persona, seis manos trabajando al unísono, y se aceleraron al cielo.

No llegaron primero. Fueron terceros. Pero cada uno de ellos tocó la campana, Kelly Sam y John.

Se deslizaron por el poste. Kelly y Sam esperaron a que John cayera, y corrieron juntos hacia la línea de meta.

El Primer Maestre Méndez los observó. No dijo nada, pero John pensó haber visto una sonrisa cruzar por su cara.

Sam dio unas palmadas en la espalda a John y Kelly. “Eso fue un buen trabajo,” dijo Sam. Pareció pensativo un momento y luego dijo, “Podemos ser amigos... Digo, si tú quieres. No sería gran cosa.”

Kelly se encogió de hombros y contestó, “Seguro.”

“Está bien,” dijo John. “Amigos.”